

**Miércoles XXXIV del TO
Ciclo A**



29 de noviembre de 2023

Dan 5, 1-6.13-14.16-17.23-28

Dan 3

Lc 21, 12-19

P. Eduardo Suanzes, msps

El relato de la Primera Lectura abre una nueva perspectiva en el libro de Daniel. El rey que gobierna el imperio babilonio ya no es Nabucodonosor sino Baltasar. Daniel manifiesta nuevamente su capacidad como intérprete, aunque ahora no interpreta un sueño sino una inscripción enigmática escrita sobre el muro del palacio real. Toda esta nueva perspectiva gira en torno a la última noche de un imperio, su desenlace final.

Una vez más tenemos que pensar que este episodio (aunque relata historias de 400 años atrás) tiene como trasfondo el tiempo actual del autor del Libro, el tiempo del rey Antíoco IV Epífanes, que profanó el templo de Jerusalén en el año 169 a. C. confiscando el tesoro del templo para pagar el déficit de su administración, los gastos de sus campañas militares de conquista y los impuestos de guerra, añadiendo a este pecado el sacrilegio de mezclar el culto del Dios altísimo con el culto de sus dioses¹. Para el autor del relato los poderosos siguen sin aprender la lección: se dio con Nabucodonosor, se dio con Baltasar...y se está dando ahora con Antíoco IV: la lógica del poder los lleva a la soberbia, la vanidad, la necedad y la idolatría: actitudes que emergen en el interior del corazón humano cuando se sustituye a Dios por un ídolo; no hace falta, que sea de oro, plata, bronce, hierro, madera o piedra, como dice el texto: cualquier interés, dedicación, objeto de deseo, polarización del corazón humano que no esté en Dios está, según la Sagrada Escritura, dirigido a un ídolo.

Pasando al Evangelio, para Lucas la persecución tiene un solo origen y es más que honrosa: la unión al nombre de Jesús. Esa es la gracia del perseguido. Esta gracia desemboca en un primer resultado: el testimonio. Recordemos que la palabra griega para designar testimonio es la nuestra de «martirio». Todo aquel que da testimonio de Jesús —en la manera que fuere— es «mártir».

Para Jesús, la mejor manera de preparar el testimonio es, paradójicamente, no prepararse; la preocupación que hay que tener es la de no preocuparse. No se trata de improvisación, sino de no preocuparse de antemano para dejar espacio en el corazón no a nuestra zozobra sino al Espíritu Santo para que en nosotros hable Cristo Jesús. Así nuestra defensa estará totalmente lista.

Luego, como el seguidor de Jesús ya sabe y ha aprendido que el mensaje de Jesús iba a crear divisiones familiares, por ejemplo a levantar al padre contra su hijo, y al hijo contra su padre, también es advertido aquí que los discípulos serán amenazados por su propia familia e

¹ JOSÉ HÉCTOR LÜDY. *Daniel*. Comentario al Antiguo Testamento II. La Casa de la Biblia. Ed. Atenas. Madrid, 1997

incluso por el círculo de sus amigos. Al haber cortado los puentes con *el mundo*, los cristianos provocan como respuesta su propio rechazo: «Serán odiados a causa de mi nombre». Es la unión con el «nombre» de Jesús —la condición, pues, de discípulos de Cristo— la que está en el origen de la hostilidad y del odio².

En el texto hay, pues, distintas llamadas para nosotros que hemos de tener en cuenta.

Llamada al realismo. En ningún momento augura Jesús a sus seguidores un camino fácil de éxito y gloria. Al contrario, da a entender a sus discípulos que su larga historia estará llena de dificultades y luchas. Es contrario al espíritu de Jesús cultivar el triunfalismo o alimentar la nostalgia de grandezas. Este camino que a nosotros nos parece extrañamente duro es el más acorde a una Iglesia fiel a su Señor.

No a la ingenuidad. En momentos de crisis, desconcierto y confusión no es extraño que se escuchen mensajes y revelaciones proponiendo caminos nuevos de salvación. Éstas son las consignas de Jesús. En primer lugar, «*que nadie los engañe*»: no caer en la ingenuidad de dar crédito a mensajes ajenos al evangelio, ni fuera ni dentro de la Iglesia. Por tanto, «*no vayan tras ellos*»: No seguir a quienes nos separan de Jesucristo, único fundamento y origen de nuestra fe.

Centrarnos en lo esencial. Cada generación cristiana tiene sus propios problemas, dificultades y búsquedas. No hemos de perder la calma, sino asumir nuestra propia responsabilidad. No se nos pide nada que esté por encima de nuestras fuerzas. Contamos con la ayuda del mismo Jesús: «*Yo les daré palabras sabias*»... Incluso en un ambiente hostil de rechazo o desafecto, podemos practicar el evangelio y vivir con sensatez cristiana.

La hora del testimonio. Los tiempos difíciles no han de ser tiempos para los lamentos, la nostalgia o el desaliento. No es la hora de la resignación, la pasividad o la dimisión. La idea de Jesús es otra: en tiempos difíciles «*darán testimonio de mí*». Es ahora precisamente cuando hemos de reavivar entre nosotros la llamada a ser testigos humildes pero convincentes de Jesús, de su mensaje y de su proyecto.

Paciencia. Ésta es la exhortación de Jesús para momentos duros: «*Si se mantienen firmes, salvarán la vida*». Entre los cristianos hablamos poco de la paciencia, pero la necesitamos más que nunca. Es el momento de cultivar un estilo de vida cristiana, paciente y tenaz, que nos ayude a responder a nuevas situaciones y retos sin perder la paz ni la lucidez³.

² Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas. IV*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2010

³ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Para tiempos difíciles*. En www.feadulta.com